

XIX Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C.
Padre Pedro José Ynaraja Díaz

TEXTOS

del libro de la Sabiduría 18, 6-9

*La noche de la liberación
se les anunció de antemano a nuestros padres,
para que tuvieran ánimo,
al conocer con certeza la promesa de que se fiaban.
Tu pueblo esperaba ya la salvación de los inocentes
y la perdición de los culpables,
pues con una misma acción castigabas a los enemigos
y nos honrabas, llamándonos a ti.
Los hijos piadosos de un pueblo justo
ofrecían sacrificios a escondidas
y, de común acuerdo, se imponían esta ley sagrada:
que todos los santos serían solidarios
en los peligros y en los bienes;
y empezaron a entonar los himnos tradicionales.*

de la carta a los Hebreos 11, 1-2. 8-19

*Hermanos: La fe es seguridad de lo que se espera, y prueba de lo que no se ve.
Por su fe, son recordados los antiguos.
Por fe, obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba.
Por fe, vivió como extranjero en la tierra prometida, habitando en tiendas —y lo mismo Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa—, mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios.
Por fe, también Sara, cuando ya le había pasado la edad, obtuvo fuerza para fundar un linaje, porque juzgó digno de fe al que se lo prometía.
Y así, de uno solo y, en este aspecto, ya extinguido, nacieron hijos numerosos como las estrellas del cielo y como la arena incontable de las playas.
Con fe murieron todos éstos, sin haber recibido lo prometido; pero viéndolo y saludándolo de lejos, confesando que eran huéspedes y peregrinos en la tierra.
Es claro que los que así hablan están buscando una patria; pues, si añoraban la patria de donde habían salido, estaban a tiempo para volver.
Pero ellos ansiaban una patria mejor, la del cielo.
Por eso Dios no tiene reparo en llamarse su Dios: porque les tenía preparada una ciudad.
Por fe, Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac; y era su hijo único lo que ofrecía, el destinatario de la promesa, del cual le había dicho Dios: «Isaac continuará tu descendencia».
Pero Abrahán pensó que Dios tiene poder hasta para hacer resucitar muertos.
Y así, recobró a Isaac como figura del futuro.*

del evangelio según san Lucas 12, 32-48

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

—«No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino.

Vended vuestros bienes y dad limosna; haceos talegas que no se echen a perder, y un tesoro inagotable en el cielo, a donde no se acercan los ladrones ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro allí estará también vuestro corazón.

Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas. Vosotros estad como los que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame.

Dichosos los criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela; os aseguro que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y los irá sirviendo.

Y, si llega entrada la noche o de madrugada y los encuentra así, dichosos ellos.

Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, no le dejaría abrir un boquete.

Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre».

Pedro le preguntó:

—«Señor, ¿has dicho esa parábola por nosotros o por todos?».

El Señor le respondió:

—«¿Quién es el administrador fiel y solícito a quien el amo ha puesto al frente de su servidumbre para que les reparta la ración a sus horas?

Dichoso el criado a quien su amo, al llegar, lo encuentre portándose así. Os aseguro que lo pondrá al frente de todos sus bienes.

Pero si el empleado piensa: «Mi amo tarda en llegar», y empieza a pegarles a los mozos y a las muchachas, a comer y beber y emborracharse, llegará el amo de ese criado el día y a la hora que menos lo espera y lo despedirá, condenándolo a la pena de los que no son fieles.

El criado que sabe lo que su amo quiere y no está dispuesto a ponerlo por obra recibirá muchos azotes; el que no lo sabe, pero hace algo digno de castigo, recibirá pocos.

Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá; al que mucho se le confió, más se le exigirá».

COMENTARIO

Yo no estoy seguro de nada, ni de la existencia de Dios, digo con frecuencia y la gente se extraña que lo afirme. Si estuviera seguro, no tendría Fe, sería un fanático, añado y nadie se atreve a contradecirme. Hay testimonios suficientes entre nosotros de lo que supone una fe anclada en la ignorancia.

Pese a que no me esté refiriendo a la cultura cristiana, reconozco que entre nosotros ciertas tendencias se aproximan a este peligro. Se consiguen rápidas adhesiones que a medio o largo plazo se alejan y desacreditan. Y no me estoy refiriendo al tribunal de la Inquisición. Pienso en movimientos actuales.

Estoy convencido de que Dios me ama y trato de amarle cada día más, esta es la verdad segura que me embarga.

El párrafo de la Carta a los Hebreos que se proclama en la misa de este domingo es impresionante. Es la descripción más brillante de la epopeya de la Fe, que pueda uno imaginar.

Tener Fe no es haber suscrito un seguro de eternidad y rondar por el mundo imprudentemente, dolosamente, despreocupado por el futuro de la existencia futura trascendente.

La Fe no nos introduce en la vida dentro de la que nos podamos recrear como vulgares personajes de barata comedia.

La Fe tampoco nos esclaviza, sometiendo nuestra existencia histórica a angustias existenciales y dolores.

La Fe nos incorpora a la más apasionante aventura que uno pueda imaginar.

Si uno puede leer el texto al que me estoy refiriendo, el de la Carta a los Hebreos, y pensarlo de acuerdo con lo que está escrito en cualquier momento de la vida, en cualquier circunstancia personal, sea caluroso verano o crudo invierno, sea momento de triunfo o de pena, sea en instantes de gozo por sentirse amado, abrazado, besado, agasajado, o se sienta abandonado en un rincón, donde prójimo, compañero, autoridad o súbdito, nos ha sometido al desprecio y la anulación de cualquier respeto que pudiéramos recibir. Siempre puede considerarse acompañado por Dios-Amigo.

Una de las riquezas que a uno se le puede otorgar cuando peregrina por Tierra Santa y se mueve por el gran edificio de Hebrón donde reposan Abraham y los demás patriarcas y matriarcas, reza ilusionado en Nazaret junto a la casita donde Santa María le dijo un sí total a Dios, se desplaza por Galilea, se moja en el Lago y sube al monte Tabor, y en Jerusalén, tanto en el Cenáculo, escenario de una cena a la que también se siente todavía uno invitado, como en el Calvario, pudiendo acompañar con la contemplación y súplica al Señor crucificado y en el Sepulcro donde gozoso junto a la de Mágdala, como ella escucha que se le llama por su nombre, tal experiencia es el premio gordo de un atrevido concurso al que se le ha convocado. No tiene en sus manos tal premio, pero siente que se le ha adelantado una prenda segura.

Hemos sido aceptados para participar en los juegos olímpicos del universo e incorporados al mejor equipo participante. De un momento a otro nos puede tocar el turno. La carrera es dura, en algunos momentos el esfuerzo máximo cuesta mucho, supone machacar la sensibilidad, el orgullo y la ambición. Pero no hay que abandonar la prueba.

Se nos ha dado mucho. Se me ha dado mucho. ¡pobre de mí si no respondo en el preciso momento!

Cada día mi primera súplica consiste decirle a Dios en voz alta, si es prudente y puedo: ¡buenos días me des, Dios!. Muchas gracias, te doy, Dios. Quiero quererte. Haga yo hoy tu voluntad.

Si Dios me exige algo, es porque me ha dado mucho.